

Diciembre 2020

Tengo sed de Ti

*«La Eucaristía es
la Presencia
de Cristo
entre nosotros...
un estar
atendiéndonos y
cuidándonos».*

(P. Rodrigo Molina)

P. Rodrigo Molina, un enamorado de la Eucaristía

Quince minutos en compañía de Jesús Sacramentado

El Corazón de Jesús está escuchando

La Santa Misa. ¿Qué es? Su infinito valor

Beata Concepción Cabrera de Armida

SUMARIO

- ✠ **P. Rodrigo Molina,**
un enamorado de la Eucaristía **3**
- ✠ «*¡Señor mío y Dios mío!*» (Jn 20, 28).
Quince minutos en compañía de Jesús
Sacramentado. Reflexiones junto a Jesús **4**
- ✠ *Mas oyendo Jesús...* (Mt 9,12).
El Corazón de Jesús está escuchando **6**
- ✠ «*...Y María escuchaba la Palabra de Él*» (Lc 10,39).
El Maestro Divino **8**
- ✠ «*Yo soy el Pan de Vida*» (Jn 6, 48).
Concepción Cabrera de Armida **10**

«... No estás solo:
tienes la Eucaristía,
el Pan del camino,
el Pan de Jesús»
(Papa Francisco)

- ✠ «*Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo,*
nacido de Mujer» (Ga 4, 4).
Carne de Dios, carne de María **13**
- ✠ «*Esto es mi Cuerpo*» (Mt 26, 26).
La Santa Misa. ¿Qué es? Su infinito valor **14**
- ✠ «*El Maestro está aquí*» (Lc 10,38).
Milagros, prodigios y gracias eucarísticas **15**



un enamorado de la Eucaristía

En la Sagrada Eucaristía la Iglesia y todos sus hijos tenemos nuestra fuerza, nuestro cielo anticipado y toda nuestra esperanza. Los hombres y mujeres que han descubierto el secreto del amor de Dios encerrado en la Eucaristía han vivido en plenitud la felicidad de nuestra fe.

Uno de esos enamorados fue el Rvdo. P. Rodrigo Molina. Desde pequeño sintió la atracción hacia Jesús. Nos contaban sus hermanos que cuando Rodrigo entraba en la Iglesia, no salía... le gustaba quedarse rezando, quitecito y en silencio. Ya de seminarista, jesuita, fue un alma de oración. Sus compañeros lo recuerdan como el primero en llegar a la Iglesia por la mañana y el último en salir.

Pero su vida eucarística se desbordó en obras de amor servicio. Por eso fue un sacerdote misionero y fundador e inspirador de obras centradas en hacer el bien: colegios, hospitales, guarderías, medios de comunicación... La Eucaristía es el amor de Dios puesto a nuestro servicio. Es imposible llegar a Jesús Sacramentado y no sentirse movido a hacer misericordia a los demás, empezando por los más cercanos.

Escuchemos al Padre: **«La Eucaristía, este misterio del amor incomprensible del Dios Eucarístico, es monumento perenne que Dios me ha elegido y de que Dios con su presencia está dispuesto a darme siempre fiel asistencia»**. Así es, Jesús en el Sagrario es Dios diciéndome que siempre está allí para mí, para ti, para todos...para escucharnos, ayudarnos, bendecirnos...

Sigue el Padre: **«La Eucaristía nos trae al Señor omnipotente de la gloria, al Dios de la excelencia de la bondad irradiante, infinita, pero nos lo trae encubierto bajo el velo de los signos sacramentales de pan y vino... La Eucaristía en cuanto es pan**



que alimenta y da vida es instrumento de salvación; en cuanto se parte y distribuye entre los miembros de la familia sentados a la misma mesa es comunión, comunicación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. La Eucaristía es el misterio de la Iglesia, el grande, el central. Jesús condensa en la Eucaristía todo lo que es y tiene y lo dedica a todas las generaciones hasta el fin del mundo. En la Eucaristía Dios se solidariza con nosotros... En la Eucaristía Jesús se nos da como comida. ¿Qué es y para qué es la comida? Interesa saberlo porque eso es Jesús para nosotros. La comida es eso que está para ser totalmente al servicio del comensal, para entregar al comensal su propio ser con la entrega mayor: la de ser incorporada y hecha substancia propia del ser del comensal y construir así el ser del comensal y mantenerlo. Eso es lo que es Jesús en su ser más profundo y Dios en Él: entrega al hombre y para el hombre... Con la Eucaristía Jesús no me da sus cosas. Él mismo se me da».

Por eso, vayamos a Jesús Eucaristía. Él tiene sed de nuestro amor. Él es la única fuente que puede saciar nuestra sed de vida, de felicidad, de plenitud.

Quince Minutos...

En compañía de

«No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames con fervor. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías a tu madre, a tu hermano. ¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime en seguida qué quisieras que hiciese actualmente por ellos. Pide mucho, mucho, no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos que llegan a olvidarse en cierto modo de sí mismos, para atender a las necesidades ajenas. Háblame así, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quisieras consolar, de los enfermos a quienes ves padecer, de los extraviados que anhelas volver al buen camino, de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos, una palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdate que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón; y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón especialmente ama?

Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una lista de tus necesidades, y ven, léela en mi presencia. Dime francamente que sientes -soberbia, amor a la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídemme luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que haces para quitar de ti tales miserias. No te avergüences, ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos justos, tantos Santos de primer orden, que tuvieron esos mismos defectos! Pero rogaron con humildad... y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios o estudios. Todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo que me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿qué puedo hacer por tu bien? ¡Si supieras los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún Proyecto? Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿qué piensas? ¿qué deseas? ¿qué quieres que haga por tu hermano, por tu amigo, por tu superior?

de Jesús Sacramentado

5

¡Señor mío y Dios mío! (Jn 20, 28)

¿qué desearías hacer por ellos?

¿Y por Mí? ¿No sientes deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos, a quienes amas mucho y que viven quizás olvidados de Mí?

*... ¡Dios mío, os amo en el Santísimo
Sacramento del Altar!*



El Corazón de Jesús

«Pregunto de nuevo al Evangelio, el gran descubridor de los secretos del Sagrario, y me responde que ésa es otra de las constantes ocupaciones del Corazón de Jesús en él. ¡Escuchar siempre!

Yo invito a los hombres, a quienes aún les queda un poquito de corazón para sentir y agradecer, a que se fijen en lo que significa esa ocupación del Corazón de Jesús que me ha descubierto el Evangelio. Primeramente, fijaos en que no digo oír, sino escuchar, que es oír con interés, con atención, con gusto. Y después, en que añado esta palabra: siempre.

Mirad tres cosas que no las hace nadie en el mundo: escuchar siempre, escuchar a todos y escuchar todo. (...) Sí, sí, sabedlo bien, almas que tenéis qué contar y no encontráis quien os escuche, sabed que en el Sagrario hay quien escuche siempre, a todos y todo.

Siempre. ¿No os acordáis? Lo mismo buscaban al Maestro a la caída de la tarde para que bendijera y curara a los enfermos, que

a media noche cuando dormía, para que aplacara los vientos y los mares; lo mismo le pedían en las glorias de la transfiguración que en las ignominias de la calle de la Amargura y del Calvario... Siempre, siempre escuchaba.

Y a todos. Lo mismo escuchaba al discípulo ingenuo que preguntaba para saber, que al fariseo taimado que le preguntaba para cogerlo, lo mismo a la muchedumbre que lo cercaba que al cieguecillo mendigo del camino, lo mismo a su Madre Inmaculada, que a la mujer pecadora; escuchaba a todos.

Y todo. La petición de la fe que hablaba sólo con el corazón en la hemorroísa y en Zaqueo y el grito de la blasfemia del Pretorio, el Hosanna del triunfo y el falso testimonio, el llanto reprimido de los penitentes y el mal pensamiento de sus enemigos. ¡Todo, todo lo escuchaba! Y así sigue viviendo en el Sagrario: escuchando a todos y todo.

Con una gran diferencia entre su

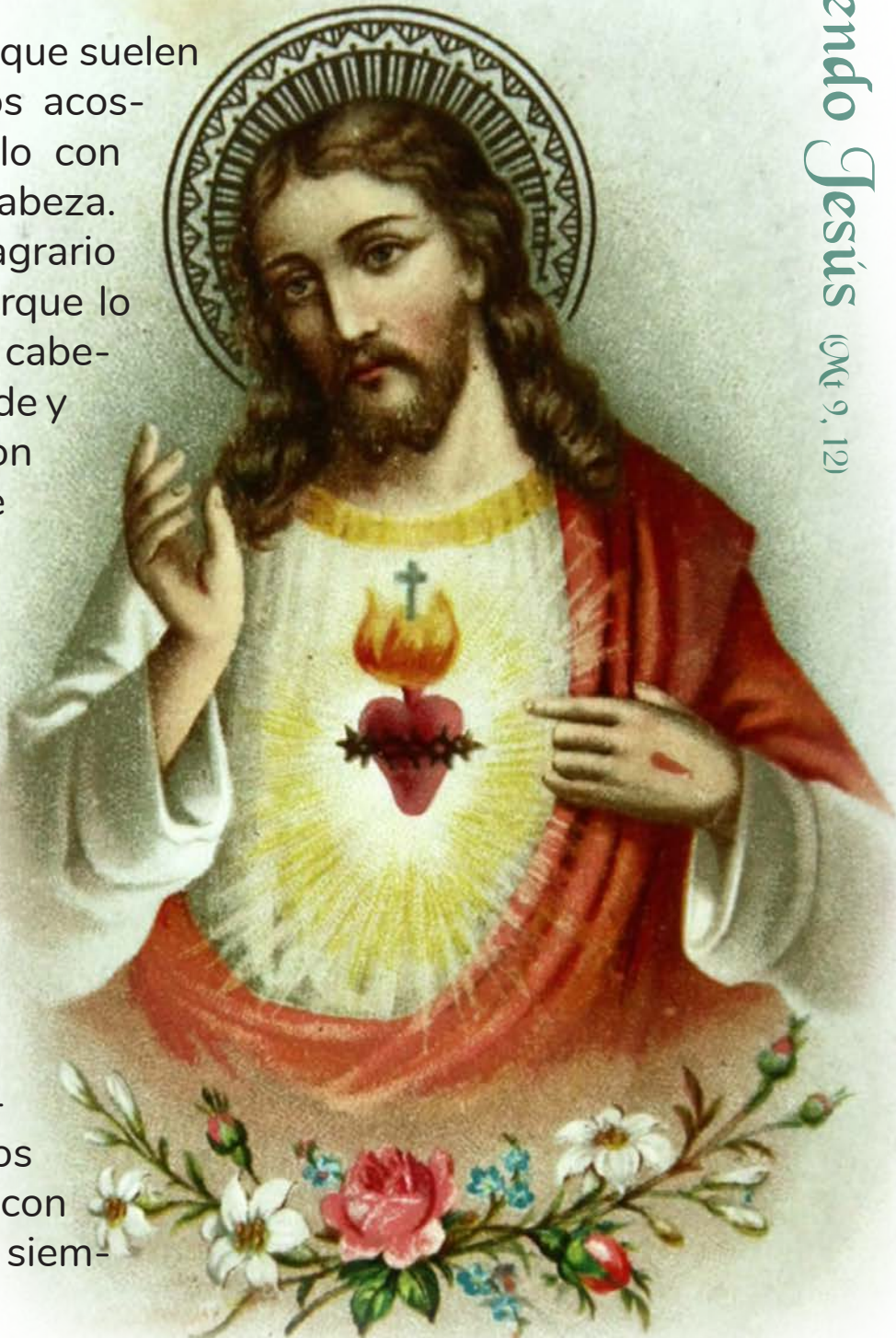
sús

está escuchando

manera de escuchar y la que suelen tener los hombres; estos acostumbran a escuchar sólo con el oído, a lo más con la cabeza. El Jesús de nuestro Sagrario escucha con su oído, porque lo tiene para eso, y con su cabeza, porque siempre atiende y entiende, y sobre todo con su Corazón..., ¡porque ama...! Y ¡pensar que en muchos Sagrarios no hay quién le hable...! ¡Qué bueno es! ¡Qué bueno es!

¡Madre Inmaculada, ángeles del Sagrario, hablad mucho al oído de vuestro Jesús en esos Sagrarios de tan doloroso silencio!»

Acudamos a Jesús Sacramentado, el que nos escucha, con interés, con amor, para ayudarnos... siempre, a todos, para todo.



Mas oyendo Jesús (Mt 9, 12)

El Maestro Divino

«Con San Lucas nos adentramos en una escena encantadora, doméstica, cargada de las más variadas trivialidades. Nos podemos imaginar a Jesús con sus discípulos llegando a la aldea de Betania. A su vez, Marta que le ofrece hospedaje junto con toda la comitiva. Aquí, la activa Marta iba a recibir una grandiosa lección.

La alegría de recibir al Maestro y a sus discípulos se convirtió en una actividad desbordante. Al ver el ajetreo del servicio, y a su hermana sentada, tranquilamente, escuchando al Maestro, como si no pasara nada alrededor, le produjo tal indignación que la llevó a olvidar su lugar con relación a Jesús, terminó desubicándose de tal manera que interpeló a Jesús, notoriamente enojada... le da indicaciones e interpreta a su manera que a Jesús no le importa que su hermana no le ayude.

¡Gracias Marta!, que nos proporcionaste la gran lección de la Adoración.

Acude Jesús a su pedido identificando su conducta con las palabras inquietud, turbación. Le expone que por muchas cosas está preocupada. Jesús nos ayuda a identificar nuestro malestar. Pero no se queda sólo en identificarlo. Él con su palabra nos soluciona todos nuestros problemas.



y María escuchaba la palabra de Él (Lc 10, 39)

Y termina solucionándole la inquietud, la angustia, la preocupación...ya que “pocas cosas son necesarias” ... pero especifica más aún, o más bien “una sola”. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.

Retrocedamos la escena. ¿Dónde está María? Sentada a los pies del Maestro. ¿Qué hace? Escucha su palabra.

Se deleitaba recibiendo las enseñanzas de Jesús, escuchar Su palabra es identificarse con Él, es acogerle, aceptar su consuelo, su paz, es hacerse otro Jesús, es entrelazar el tiempo con la eternidad. Ella escogió la mejor parte.

Nuestras horas de oración y adoración serán las prendas que nadie nos arrebatará. Serán el inicio del fin de todas nuestras angustias y preocupaciones, a los pies de la Eucaristía se nos ablandarán todas esas durezas con las que tropezamos día a día y si la carga sigue pesada... las fuerzas aumentarán.

A los pies del Maestro, escuchando su Palabra es estar con el Santísimo, y escuchar los latidos de su Corazón que hablan al nuestro. Experiencia inexplicable. Vivencia, la única y necesaria».

Del libro Obras Eucarísticas, de San Pedro Julián Eymard.

no



Concepción Cabrera

Todos los bautizados estamos llamados a vivir de la Eucaristía, a hacer de Ella nuestro centro y tender hacia Ella. Un ejemplo de esta vida eucarística es esta mujer, esposa y madre de familia mexicana, María Concepción Cabrera de Armida Arias.

Nació el 8 de diciembre de 1862, en San Luis, Potosí, México. De niña le apasionaba montar a caballo y la música, era traviesa, juguetona y alegre. A los trece años de edad parecía ya una joven, por lo cual, conforme a la costumbre de entonces, comenzó a ir a bailes con de sus padres y hermanos. En uno de ellos conoció a Francisco Armida, que fue su novio y esposo.

De los trece a los veintiún años fue

su época de novia. La muerte de su hermano Manuel en un trágico accidente, le hizo caer en la cuenta de la vanidad del mundo y sus ensueños y marcó para Conchita el punto de partida de una vida nueva, de una definitiva subida hacia la santidad.

El día 8 de noviembre de 1884, Conchita y Pancho contrajeron matrimonio. Fundamentaron su unión en el amor a Dios, el respeto, la confianza, la corresponsabilidad, el amor y la fidelidad. Supieron crecer juntos a pesar de las contrariedades y superando las crisis. Estuvieron juntos casi diecisiete años, hasta que Pancho murió cuando ella tenía treinta y ocho años.

Conchita fue madre de nueve hijos, a quienes formó humana y cristianamen-



de Armida

te. Fue una mamá llena de ternura con cada uno de sus hijos, atenta a la evolución de su carácter, que observaba y comprendía la manera de ser de cada uno, que corregía oportuna y firmemente. Conchita fue una esposa y madre con los pies en la tierra y la mirada en el cielo. Escribía: **"Por las tardes, al oscurecer, me iba a la iglesia de San Juan de Dios y allí cerquita del Sagrario desahogaba mi pecho cerca de Jesús. Le ofrecía a mis niños, a mi marido y a mis criados, pidiéndole luz y tino para saber cumplir mis deberes"**. Su hijo mayor murió con dieciséis años y el más pequeño, con tres. Fueron pruebas muy duras, pero Conchita las superó cimentada en Dios.

Conchita nunca dejó la Comunión diaria. En el año 1889 hizo sus primeros Ejercicios Espirituales. El 14 de enero de 1894 grabó en su corazón el monograma de Jesús, lo hizo movida por el deseo de llevar a Jesús siempre en su corazón. Conchita recibió algunas comunicaciones extraordinarias del Señor en que le habló de su misión de entregarse a la salvación de las almas, especialmente de los sacerdotes y le pidió la fundación de nuevas congregaciones religiosas consagradas a la adoración al Santísimo y al apostolado. Sin embargo, Conchita nunca fue religiosa, mantuvo su carácter laical. El Señor le enseñó a hacer oración, a vivir en su presencia, a dialogar



con Él, a ir con Él a todas sus ocupaciones y le reveló además la doctrina de la cruz.

Cuando recibía la Comunión, Conchita entraba en contacto con lo divino: **"Siento como que sus Ojos están dentro de mis ojos, su Cuerpo dentro de mi cuerpo, su Corazón dentro de mi corazón, su Sangre, dentro de mi sangre, su Vida, dándome vida"**. Conchita penetraba en el misterio de la Eucaristía, dejándose tocar y vencer por el amor de Cristo. Para ella, la Santa Misa no era un convencionalismo social, ni una pesada obligación, era recibir al Amado en su corazón.

Y porque amaba a Jesús, Conchita comprendió la necesidad de orar y trabajar por los sacerdotes. Escribía a Manuel, su hijo, antes de su ordenación sacerdotal: **"Acuérdate hijo mío, que al tener a Jesús en tus manos en la sagrada forma no dirás este es el Cuerpo de Jesús, esta es la Sangre, sino que dirás: este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, es decir que debe existir una total transformación, tú perdido en Él: otro Jesús."** Y Manuel, contestaba a su madre: **"... mamacita... enseñame lo que es ser sacerdote, lo que es tener la in-**



mensa dicha de decir Misa... me pongo en tus manos ahora como cuando chiquito me echaba a tu regazo para que me enseñaras a balbucear los nombres dulcísimos de Jesús y de María”.

Conchita fue la inspiradora de las cinco obras de la Cruz: Apostolado de la Cruz, Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, Alianza de Amor, Fraternidad de Cristo Sacerdote y Misioneros del Espíritu Santo. Con estas obras, Conchita deseaba ofrecer a Jesús un lugar de descanso, un oasis en medio del mundo, adorando la Eucaristía constantemente de día y de noche, siendo víctimas para expiar los pecados de la humanidad. Así, la fecundidad de Conchita se prolongó, no sólo en sus hijos y en sus escritos, sino también en su Familia Espiritual.

Ella aprendió a confiar en Dios, de-

jándose hacer y deshacer por el Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo de la Santísima Virgen María. En 1906, estando en la Santa Misa, en la capilla de las Religiosas de la Cruz, oyó que el Señor le decía: **“Aquí estoy: quiero encarnar en tu corazón místicamente... Recíbeme.”** Se trata de una gracia muy hermosa y singular: la encarnación mística. Esta mujer, madre y esposa, quedaba convertida en otra hostia junto a Jesús Hostia. Le dice el Señor: **«En esta posesión, mística pero efectiva y real en tu alma... puedes ofrecerte y ofrecerme constantemente, en un continuado sacrificio al eterno Padre, por la salvación de las almas. Este favor lo tuvo María durante toda su vida después de la Encarnación; pasó la real, pero quedó la mística; y fue mi primera Hostia. Te quiero Hostia para vivir encarnado en ti por el amor.»**

Los últimos años de Conchita fueron muy dolorosos. Con valor, ella se asoció al misterio de la soledad de la Santísima Virgen María después de la Ascensión de su Hijo y se ofreció por la Iglesia, por los sacerdotes, por los hogares, por la renovación del mundo por la cruz. Fue llamada a la Casa del Padre el 3 de marzo de 1937 a la edad de setenta y cuatro años. Fue beatificada el 4 de mayo de 2019. Conchita fue un alma escogida por Dios, esposa y madre, para revelar al mundo de hoy la santidad del matrimonio, la alegría y plenitud de la maternidad y la realización de la mujer dentro de la familia y en una profunda unión con Dios, con Jesús Sacramentado.

Carne de Jesús

carne de María

Con estas palabras el Apóstol San Pablo nos describe el nacimiento del Hijo de Dios del seno de María Santísima. Es decir, que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, tomó su naturaleza humana de aquella Mujer escogida por Dios para ser Su Madre, Santa María.

San Agustín afirmaba que, **«Jesús ha tomado la Carne de la Carne de María»**. Y así como Adán podía decir de Eva: «Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos» (Gn. 2, 23), ¿con cuánta mayor razón podrá llamar María a Jesús, Carne de mi Carne y Sangre de mi Sangre?

San Pedro Damiano, tiene una frase muy hermosa: **«...Este cuerpo de Cristo, que Ella engendró y llevó en su seno, que envolvió en pañales, que alimentó con su leche con una solicitud maternal, es el mismo Cuerpo que recibimos en el altar. Es su Sangre la que bebemos en el Sacramento de nuestra Redención»**.

Efectivamente, el Cuerpo y la Sangre de Cristo presentes en la Eucaristía, fueron tomados de María. Si pensamos en Jesús, vemos que sus ojos eran los de María, su cabello era el de María, sus facciones eran las de su Madre... Luego en la Eucaristía, ese Cuerpo y esa Sangre, son los de María. Dice el P. Stefano Manelli: «Por eso será muy verdadero y hermoso darse cuenta en cada Comunión que se haga, de la presencia en la Eucaristía de María Santísima, inseparable y toda una con Jesús Hostia».

Santa Faustina Kowalska rezaba así a la Virgen: **«María, tú eres causa de nuestra alegría porque por medio de Ti Dios descendió a la tierra y a mi corazón»**.

María, Nuestra Señora del Encuentro con Dios, en cada Comunión realiza su misión de llevar a sus hijos al “Encuentro” con Jesús. En cada Comunión se realiza en nuestra alma



un encuentro de amor con Jesús, Dios, por medio de María y en María.

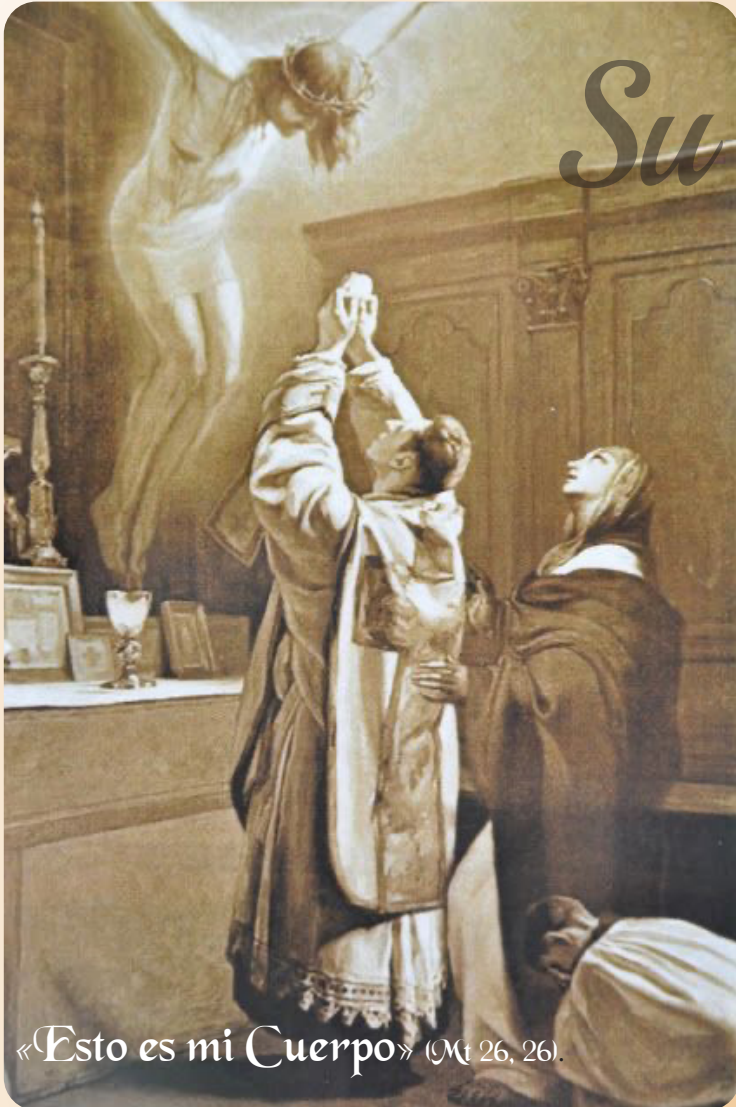
Cuenta San Alfonso María de Liguorio, que el mismo Cristo dijo a Santa Matilde: **«Cuando vayas a comulgar, desea tener todo el amor que me haya tenido el más fervoroso corazón, y Yo acogeré tu deseo como si tuvieses ese amor a que aspiras»**.

¿Cuál es ese Corazón más fervoroso y amante de Jesús? El de Santa María. Por eso acostumbremos a pedirle a la Santísima Virgen que nos dé su amor y su Corazón para recibir a Jesús en cada Comunión. Y Ella nos dará su amor. Así nuestras Comuniones serán intensas, eficaces, transformarán nuestra vida. Para que puedas llegar a decir con San Pablo: **«Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí», por medio de María**.

La Santa Misa

¿Qué es?

Su infinito valor



«Esto es mi Cuerpo» (Mt 26, 26).

«Nosotros creemos que Jesucristo está realmente en la Eucaristía, en el Sagrario, en las Formas Consagradas, porque así nos lo enseña la Iglesia por la Escritura Santa y el testimonio de todos los siglos.

¿Qué es la Santa Misa? Es el sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo que se ofrece a Dios, por ministerio del sacerdote, en memoria y renovación del sacrificio de la cruz.

El sacrificio de la Misa es el mismo que el de Cristo en el Calvario. En ambos se ofrece como Víctima en reparación de nuestros pecados.

En el Calvario o sacrificio de la cruz se sacrificó ofreciéndose en forma cruenta o con derramamiento de sangre, y en la Misa se ofrece reproduciendo su muerte de forma incruenta, sin

derramamiento de sangre y sin padecer ni morir».

El Catecismo de la Iglesia Católica lo explica así:

«(...) Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y esta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual (Cf. Hb 7,25-27): "Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención" (LG 3). (No 1364)

«(...) El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: "Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros" y "Esta copa es la nueva Alianza en mi Sangre, que será derramada por vosotros" (Lc 22,19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la cruz, y la sangre misma que "derramó por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26,28)» (No 1365)

«La Santa Misa "hace presente" el Sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica. Lo que se repite es su celebración memorial por lo cual, el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo (...) El Sacrificio Eucarístico no sólo hace presente el misterio de la Pasión y Muerte de Jesús, sino también el misterio de la Resurrección, la que corona su sacrificio». (Carta Encíclica de Su Santidad, San Juan Pablo II, ECCLESIA DE EUCHARISTIA)

Participar en la Santa Misa es asistir al mismo Sacrificio de Cristo en el monte Calvario. Asistamos con devoción, con respeto, con amor. Acostumbrémonos a participar en la Santa Misa, no solo a "oírla". Enseñemos a nuestros niños y nuestros jóvenes su valor y su importancia... Si pudieras estar junto a la cruz, con María, en el calvario, ¿cómo estarías? La Santa Misa es esa hermosa y sublime ocasión. Reflexiónalo.

Milagros, prodigios y gracias eucarísticas

Hoy damos poca importancia a Jesús Eucaristía. Pensamos poco en lo que significa esa presencia. Nuestro Señor Jesucristo ha querido no solo quedarse en el Santísimo Sacramento, sino que también ha realizado algunos milagros para que nuestra fe en su presencia eucaristía se reavive y se confirme y para que nuestro amor se intensifique.

Haciendo referencia a uno de tantos Milagros Eucarísticos, nos cuenta la historia que un pueblo Alemania, Benningen, fue escenario de un Milagro Eucarístico en el año 1216. Un documento lo narra:

Dos molineros estaban en constante pleito desde hacía mucho tiempo. Un día uno de ellos, exasperado por las peleas sin fin, decidió calumniar al otro para así acabar con él.

Decidió comulgar y robar la Santa Hostia que había recibido en la Comunión. El plan era esconder la Hostia entre las piedras del molino de su adversario y así acusarlo de sacrilegio.

Durante la fiesta de San Gregorio, la Hostia comenzó a sangrar tanto que todo el pueblo y el Obispo se enteraron del raro fenómeno. Entonces, el molinero sacrílego se arrepintió y confesó su pecado.

Pocos años después, en 1221, los ciudadanos de Benningen iniciaron la construcción de una capilla en honor a este Prodigio. La capilla fue conocida con el nombre de «Riedkapelle zum Hochwürdigen Gut» - Capilla de la venerable finca -. Desde 1674 hasta 1718, la Riedkapelle fue restaurada y ampliada para poder acoger la gran cantidad de peregrinos que confluían.

Cada año, durante la fiesta del Corpus Domini, la parroquia de Benningen se dirigía en procesión a la Riedkapelle para celebrar la conmemoración del Milagro.

Las pinturas de la capilla fueron realizadas por Johann Friedrich Sichelbein con el fin de ilustrar los hechos. El retrato, ubicado sobre el altar, muestra al Obispo, Federico de Augsburg, que deposita la Hostia en un precioso recipiente, en la iglesia de San Martín en Memmingen.



A lo largo de los siglos, a causa de las vicisitudes históricas, se ha perdido todo rastro de la preciosa Reliquia. Por mucho tiempo se creyó que los cuadros que adornan la capilla fuesen la copia de los que están expuestos en el museo del monasterio de Ottobeuren. Pero gracias a la restauración realizada en 1987, se descubrieron que eran originales. En el techo se realizaron frescos que ilustran la Pasión de Cristo y algunas escenas del Antiguo y Nuevo Testamento.



Hasta aquí el precioso relato. La Virgen en Fátima nos dijo que no ofendiéramos más a Nuestro Señor, que está ya muy ofendido... ¿Necesitamos que la Eucaristía sangre nuevamente para convencernos de su amor y para rendirle adoración?

No seamos indiferentes a su presencia eucarística. Visitemos más a Jesús Eucaristía en las iglesias cuando vamos de camino al trabajo o regresamos. Es tan sencillo como una oración breve, una pequeña visita. Dejemos al pie del Sagrario nuestras alegrías y tristezas, nuestras miserias y progresos. ¡Hoy tenemos tanto de qué hablarle...tanto que pedirle!

El mismo Jesús que caminó por los senderos de Palestina, el que curó a los enfermos, el que dio vida a los muertos y limpió a los leprosos... el mismo está en el Sagrario y nos espera.

«Adorar es descubrir que para rezar basta con decir: «¡Señor mío y Dios mío!», y dejarnos llenar de su ternura».

(Papa Francisco)



Este Boletín se distribuye gratuitamente. Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:



<https://reinadodemaria.org>